

Editorial

La escuela neoliberal

The neoliberal school

Las diversas concepciones y prácticas educativas, pedagógicas y escolares han cambiado –evolucionado dirían algunos– en función del momento sociohistórico en que se han dado, produciendo en cada uno racionalidades educativas específicas. La educación actual, rastreada desde el pensamiento pedagógico helenístico y romano, ha pasado por las escuelas patriarcales y monásticas de la edad media, la formación humanista del renacimiento, el pensamiento positivista, el conductismo, el constructivismo y la escuela emancipadora –por mencionar algunos eslabones en esta construcción histórica–, y llega hasta nuestros días a lo que ya se le llama educación neoliberal o escuela neoliberal.

El neoliberalismo es una corriente no solo de tipo económica, sino también política, asociada al capitalismo que promulga entre otras cosas la flexibilización laboral, la privatización de empresas estatales y servicios públicos –como la salud y la educación–, la apertura de los mercados y un gobierno reducido con un gasto público mínimo que deja en manos privadas el desarrollo irrestricto del mercado. Es también una filosofía, una doctrina y una ideología –que, por imposiciones de organismos internacionales– permea todos los órdenes de la vida nacional e individual, alineándolos con esa particular visión. El momento sociohistórico actual, donde confluyen con fuerza estas condiciones económico-políticas, produce precisamente la escuela neoliberal.

Según los postulados del neoliberalismo, y lo afirma Milton Friedman, no se justifica que exista un monopolio estatal de la educación porque esto perjudica a los consumidores quienes tienen el derecho de escoger las escuelas donde estudien sus hijos, y el estado no debe imponer restricciones para que esto ocurra. Es decir, y el mismo autor lo reafirma, la educación y la escuela deben someterse a las leyes del mercado, pues estas son como, cualquier otra cosa,

una mercancía. El hecho es que la actividad educativa mueve grandes sumas de dinero y, por tanto, constituye un rubro económico importante que, según el neoliberalismo, debe ser explotado por manos privadas. Al hacerlo, la educación deja de ser un bien público y se convierte en un bien privado.

La noción de educación en la escuela neoliberal está asociada con la apropiación de conocimientos, valores, actitudes y competencias necesarias para insertarse dentro del mercado. Sus objetivos de formación operan en función de la economía y el trabajo y, por tanto, dicha formación está vinculada a la productividad y a la competitividad. Esta educación encuentra sentido en la formación de lo que denominan capital humano, ya que es a través de la práctica de la teoría del capital humano que buscan desarrollar el conjunto de conocimientos, habilidades, destrezas y talentos en una persona para hacerla apta en desarrollar actividades específicas dentro del mercado. Esta educación también busca formar sujetos con actitudes y valores de obediencia, pasividad, servicio y permeables al consumo de bienes y servicios que el mismo sistema produce, contribuyendo con esto a la conformación de la sociedad de consumo. El liderazgo que se ha de imprimir es aquel que opera dentro de la dinámica empresarial; es decir, el emprendedurismo. En su versión más simplista, pero no por eso menos precisa, la educación neoliberal gira en torno a la actividad productiva, la actividad laboral y el consumo.

El currículo de la escuela neoliberal está diseñado para formar en aquello que el mercado y la empresa consideran necesario. Es necesario enseñar inglés, porque es la nueva lengua de la empresa; enseñar la tecnología, pero solo en función de su utilidad para tareas específicas del trabajo; liderazgo pero dentro de la lógica empresarial; actitudes y valores de obediencia y servicio útiles para ser un buen empleado; y claro, las competencias técnicas para saber hacer una tarea específica. Los cursos y disciplinas a enseñar se caracterizan por enfatizar la formación de un sujeto de y para el trabajo y, si no es para eso, dichos cursos no tienen cabida en el currículo. Por eso, sistemática e intencionalmente se eliminan las asignaturas humanistas como historia, filosofía, literatura, música, arte, ciencias humanas y sociales. Tampoco están presentes la formación en ciudadanía y democracia y mucho menos el pensamiento crítico. Es que, desde la perspectiva economicista, ese conjunto de asignaturas no solo resulta inútil, sino también oneroso porque afectan la rentabilidad.

Hay una desprofesionalización del docente. En la escuela neoliberal, el profesor deja de ser docente y se convierte en empleado. Aunque este ejerce una práctica educativa con sus estudiantes, pierde su autonomía y autoridad pedagógica ya que aquellas decisiones pedagógicas que le corresponden por su atribución docente, las toma el dueño del centro educativo, a menudo no desde un criterio pedagógico, sino desde uno puramente empresarial. Además, el profesor es despojado de su investidura de intelectual y es sometido a las reglas de la institución, como cualquier empleado de cualquier maquila. Su misión sociocultural sucumbe ante la racionalidad económica de la gestión empresarial y la satisfacción del cliente. De profesional de la educación es

degradado a obrero calificado, sin nada que decir ni nada que aportar en las grandes decisiones del centro educativo. En su calidad de empleado, es contratado por la modalidad flexible de "hora-clase", con bajo salario – menor incluso a otros salarios de nivel técnico– porque hay que mantener una rentabilidad, y a menudo sin mayores prestaciones, con la agravante de ser fácilmente reemplazable.

El neoliberalismo ha cambiado no solo el modelo de administración educativa – enarbolando la bandera de la eficacia–, sino también ha insertado en la educación su propia jerga. Calidad educativa o calidad académica, oferta académica, capital humano, competencias, competitividad, desempeño, servicios educativos, gestión educativa, liderazgo educativo, satisfacción estudiantil o de los servicios, usuarios y clientes de los servicios educativos son solo algunos de los más comunes. Claro, no se trata de un simple cambio de términos, sino de la inserción de toda una nueva visión de la escuela.

El hecho es que la escuela neoliberal presenta un conflicto de valores, intereses, intenciones, procesos y resultados con respecto a la educación. Este conflicto es en realidad un conflicto de legitimidad. En el sentido más literal, la empresa funciona sobre la lógica de obtener unos resultados financieros que se obtienen de la venta de unos servicios a unos clientes. La escuela funciona con una lógica diferente, centrada en buscar resultados intelectuales, morales y culturales que se obtiene mediante la acción humana sobre otros seres humanos. Los valores de la empresa o el mercado no son los valores humanos o los valores sociales que una sociedad necesita para funcionar y desarrollarse. El mercado no es ni la más importante ni la única esfera que necesitan las personas para trascender su humanidad y alcanzar mejores niveles de vida.

La escuela no es una empresa. El oficio de la escuela no se puede reducir a una lógica comercial o industrial porque en la escuela no se trata de producir cosas, sino de formar. Formar no es producir y enseñar no es vender. Las sociedades necesitan seres humanos –sí, con mucha humanidad–, pensantes, críticos, pacíficos, democráticos y no seres autómatas, ignorantes y manipulables, que solo sirven para trabajar. Trasladar artificialmente –imponer– la lógica de la empresa y el mercado a la educación y la escuela, implica una serie de trastornos graves –muy peligrosos– al futuro de las sociedades. Sin seguir profundizando más en el tema, no porque no haya más argumentos, sino porque no se pretende agotar el tema, se puede afirmar con certeza que la escuela produce un bien intangible de valor humano y social trascendente e incalculable que no puede ser reducido o eliminado y resulta obvio que la escuela neoliberal no lo proporciona y no lo puede proporcionar.

Nelson Rubén Martínez Reyes
Editor